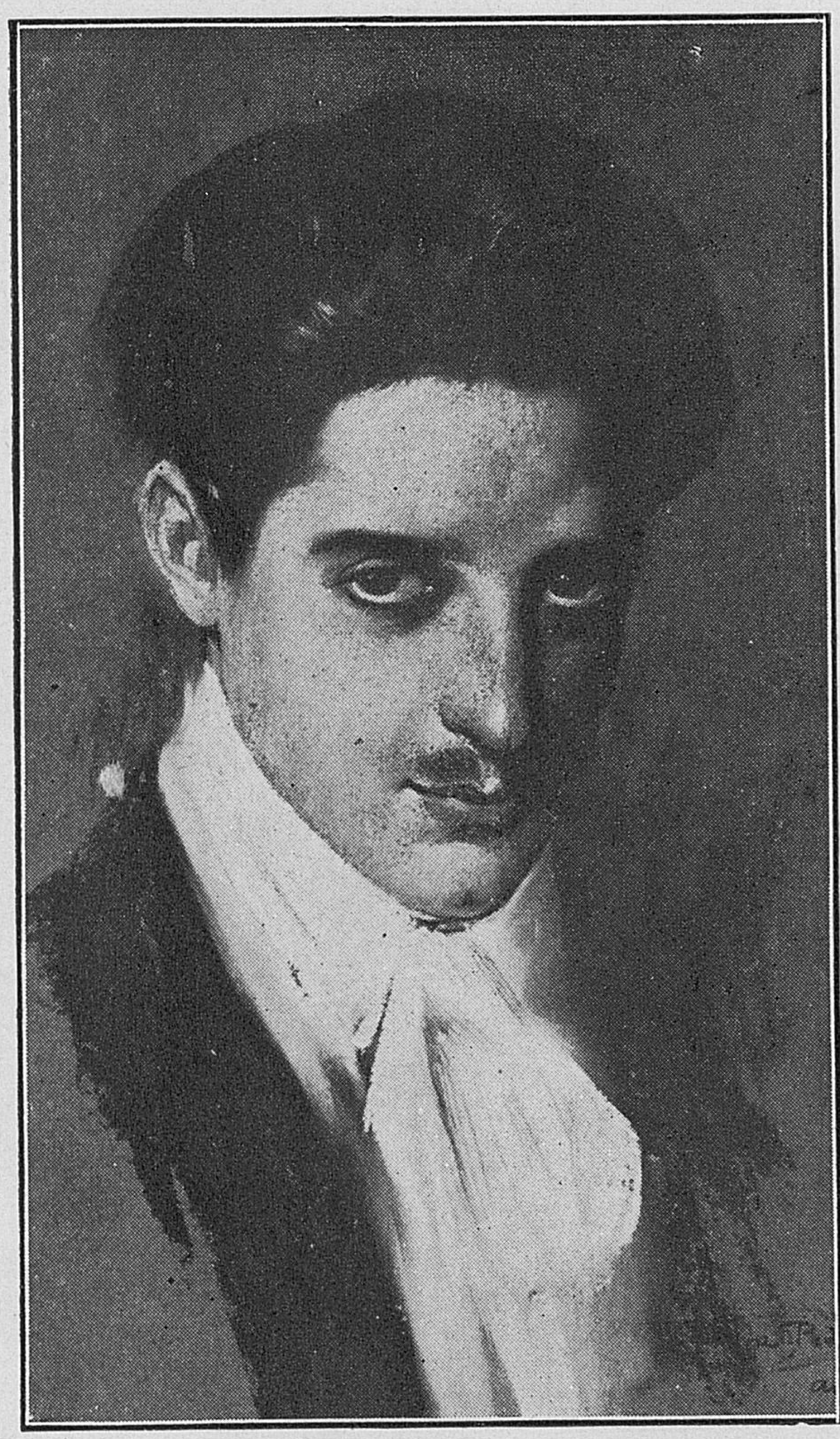
PEDRO REQUENA LEGARRETA

ANTOLOGIA

POEMAS

CULTURA



PEDRO REQUENA LEGARRETA

POESIAS

ESCOGIDAS DEL LIBRO EN PREPARACION

"POESIAS LIRICAS"

CVLTVRA
1921

PROLOGO.

Por segunda vez, "Cultura" registra el nombre de Pedro Requena Legarreta en la lista de sus autores escogidos. La primera—no se habrá olvidado—fue para darlo a conocer como traductor de los poetas extranjeros muertos en la guerra mundial.

Ahora "Cultura" lo presenta a sus lectores con un timbre más personal y eminente: como a uno de los poetas más jóvenes y cultos de la generación contemporánea, apto para envolver con un largo laurel la frente pensativa de la patria.

Asombra la labor literaria que realizó este efebo de veinticinco años, favorecido con todos los dones de la vida. A la edad en que otros se embarcan hacia la Cólquida o Citerea, hambrientos de emoción y de aventuras; a la hora en que la nave, toda empavesada de esperanzas, se mece en el puerto pronta a partir, deshojando lirios de luz sobre el deshecho corazón de la espuma; a la

hora en que el sol matinal ilumina con un lengüetazo de oro, la misteriosa cadera de Afrodita, Requena Legarreta, entre los cilicios de la meditación y el estudio, vestía los pensamientos ajenos y los propios, con los sonoros ropajes de la poesía; como un benedictino adolescente que bordase ilustres latines en el manto de Nuestra Señora.

Le bastaría, para conservar un nombre fragante en la historia de la literatura nacional, su abundante labor como traductor. Si conocemos las esperanzas e inquietudes que heló la muerte sobre los poetas cruelmente sacrificados en las trincheras, es por el generoso esfuerzo de Requena, que las recogió con mano lírica en las ánforas de nuestros metros castellanos. Quedan en éstos, como una muestra de la rara facilidad poseída por el traductor para tales versiones, los poemas donde el poeta inglés Gibson evoca en los días sangrientos los recuerdos de los días felices, más bellos que nunca bajo la fatalidad de la guerra; los hermosos sonetos de Brooke; los versos en que Allan Seeger, sacudido por un melancólico y lúgubre presentimiento, tiene la suprema antevisión de su trágico fin. "Tengo una cita con la muerte...." suspiraba la voz juvenil, mientras la metralla venía a chafar el henchido corazón de deseos. Poco tiempo después, Requena Legarreta se perfumaba los labios moribundos con esta

siniestra mandrágora, sonriendo serenamente al verso agorero. Es que se encontraba bien preparado para burlar a la muerte con la cosecha espléndida de su juventud laboriosa y fecunda.

Porque no termina aquí el trabajo del traductor. Las versiones de los poetas de la guerra, con ser tan copiosas, no le impidieron darnos la traducción castellana del Gitanjali, los místicos poemas de Tagore, que por su extensión e importancia, es innegable que constituyen en esta materia, la obra más notable de Requena. Otro distinguido poeta mexicano, Joaquín Méndez Rivas, ya se encargó de decir en el hermoso prólogo que escribió para este trabajo, los admirables aciertos del intérprete, para rendir en su pura integridad espiritual, el hondo perfume con el que ha refrescado los aires del mundo, la rosa de oro místico que lleva en sus manos enjoyadas por las auroras, el mágico ruiseñor del Oriente.

Requena Legarreta, además de este acervo de literatura extranjera incorporado a las letras castellanas, deja tres libros de poesías originales de cuyo jardín son las flores aquí escogidas. Flores ansiosas y tempraneras semejantes a las que comienzan a cuajarse bajo las primeras auras de marzo en las puntas nuevas de las ramas, pero ya elocuentes profetisas de la primavera inminente. Flores prontas y madrugadoras, que a pesar de los tallos tiernos, elevan sus incensa-

rios al Sol, llenos de religiosos copales. Los primeros de estos racimos están regados en el pórtico del amor, cuyo presentimiento nunca dejó de latir en las cuerdas primarias de la lira. Son notas sólo preludiadas de la suprema canción; esbozos risueños del eterno poema que suele corregirse ulteriormente con la Fe de Erratas del Eclesiastés. Ahora no. La musa de Requena va diademada de esperanza por la senda florida. La ilusión la precede con su canto de alondra y la sigue el deseo como obediente lebrel. Es una Cendrillón que apenas ha perdido el escarpín de cristal en la fiesta del príncipe.

Julián del Casal tenía el impuro amor de las ciudades. El melódico pájaro de las islas, demasiado fino para el plein air *y la cruda luz de los campos, gustaba sacudir sus alas de seda bajo los focos eléctricos y prefería el rocío de los diamantes al de las flores. Requena Legarreta sabe nutrirse de alegría y de vida sobre los senos morenos de la tierra fecunda. A este contacto tiene la sensación del arbusto que vigoriza su alma vegetal con la savia siempre renovada por las peregrinas primaveras. Por eso sus "Rústicas" dejan una impresión de lozanía y fuerza, de juventud ágil y saludable, amiga, como los pájaros, del Sol y del árbol, de la fronda y la peña, del buen aire campesino, pródigo de silencio y de ozono. Esta espontánea comunión con la Na-*

turaleza, esta cordial interpretación del paisaje, sirve puntualmente a Requena para decorar los fondos de sus Idilios y de sus Anacreónticas, algunas de las cuales reflejan con castiza pureza, un rayo de la sensualidad delicada que ilumina la frente del clásico poeta, clásico y suave panegirista del amor y del vino.

Hijo de padres ilustrados y ricos, Requena Legarreta viajó por toda Europa y le sobraron facilidades para apacentar su espíritu en los elíseos del arte. El autor de sus días tan claros como breves, al revés de otros potentados que educan a sus herederos para que se distingan en las acrobacias del baile, sobresalgan entre los jockeys y triunfen entre los petimetres, no estorbó el vuelo lírico de estas alas apasionadas por celestes azules. Al contrario, fue el mejor amigo y el camarada de su hijo; el amigo experto y fraternal a quien nunca falta una oportuna indicación ni un sabio consejo, y el noble camarada que estimula moral y materialmente, las ideas generosas y los propósitos altos. Digámoslo con elogio, la influencia paterna se complació en pulir con inteligencia y amor, las facetas del diamante puesto en sus manos por el destino misterioso, y en este caso demasiado cruel.

Cruel porque Requena Legarreta enmudeció para siempre en la mañana de su vida, cuando la esplendidez de la flor, sólo hace presentir el

fruto que madurarán los estíos. Se antoja pensar que sabía la brevedad de su fin y que acumulaba sin darse tregua los tesoros de su pensamiento para que le sirvieran de escudo fiel contra la muerte y su mudo esclavo el olvido. Su siembra emociona por la cosecha futura que en ella duerme y que es destruida por el golpe de un huracán imprevisto. Es la emoción sufrida ante todo lo bueno y de valer que se frustra.

Su obra dejará en los corazones sensibles una impresión semejante a la que produce un ave de la melodiosa familia de los ruiseñores, abatida por la tempestad al pie de la fronda, con multitud de trinos amortajados bajo las alas inertes; las jóvenes alas que todavía ayer persignaban los horizontes patrios con la cruz vagabunda de un rápido pero glorioso vuelo.

RAFAEL LOPEZ.

LA ALEGORIA DEL AGUILA

Un día miré a un águila volar sobre mis hatos
y desplomarse en rudo peñón contra su presa,
y yo corrí tras ella; los ciegos arrebatos
daban alas potentes a mis pies en la empresa.

El águila, consciente del poder de sus plumas,
majestuosa cruzaba por el plácido ambiente;
yo trepaba los riscos, como saltan los pumas,
y buscaba la cima con ahinco creciente...

De pronto, de un impulso formidable llegando
más alto que las rocas más enhiestas, atento,
vi al águila soberbia sobre el monte, flotando
como un astro de plumas, en el gris firmamento.

Más allá de las cosas más altas, las estrellas
parecían burlarse de mi estéril porfía;
giró vertiginosa mi honda contra ellas,
y puse en aquel blanco de plumas mi energía.

Partió la piedra rauda, como un rayo hacia el cielo;
plegó las alas recias el águila potente,
y la vi derrumbarse sin vida sobre el suelo,
manchando los terrones con su sangre caliente.

¡Y yo envidié su muerte entonces, y he querido
coronar mi existencia con un trágico salto;
del Ideal supremo apurar el sentido,
y morir en el vuelo de mi ensueño más alto!

YO FUI SIMUN...

Quiero envolver tu muerte con mi muerte
como envolví tu vida con mi vida,
quiero cubrir tu herida con mi herida
para juntar tu suerte con mi suerte.

Quiero envolver tu voluntad y hacerte
compañera tenaz de mi partida,
como envolví tu amor, cuando elegida
enfrente del dolor te hallaste fuerte.

¡Yo fuí simún que recogió tu arena,
y fundiendo tu pena con mi pena
unimos a la vez nuestros empeños;

y ya en las puertas de la eterna calma,
como envolví tus sueños con mis sueños,
quiero envolver tu alma con mi alma!

SENDA FLORIDA

¿No ves? ¡Es él! ¡El sol! Luce brillante
en el cielo la aurora, despertando
a la vida, que en éxtasis radiante,
al par que nuestro amor, iba soñando.

¿Escuchas esas músicas suaves,
que cubren de rumores, tierra y cielo?
Son los cantos, los cantos de las aves
que tienden a la luz su primer vuelo.

¿Ves desde el monte el ancho panorama?
¿Ves como gemas de color los prados,
que en dondequiera muéstranos la gama
polícroma y triunfal de los sembrados?

¡Pues himnos son también! ¡Desde la sierra
hasta las playas de la mar, abajo,
en cánticos de luz rompe la tierra,
para adornar la frente del trabajo!

Allá donde se corta la maleza,
¿no ves aquel sendero cristalino,
inundado de luz y de belleza?
Pues aquél ha de ser nuestro camino...

Ven a mi lado; por la senda iremos,
amándonos los dos, mano entre mano;
el final del camino, no lo vemos...
Pero es seguro que estará lejano.

Por todas partes luce la esperanza;
oculta el brillo de la flor, la espina,
y las nubes son de oro en lontananza.
¿Oyes la voz de Dios? dice: —Camina...

Luz, juventud, amor, ¿qué más queremos?
Preciso es empezar; mira, amanece,
hay en la orilla un barco con dos remos
que el agua soñolienta apenas mece.

Nada temas, mi bien, que si el destino
nos negara las alas de Pegaso,
si faltase un descanso al peregrino,
tú lo hallarás cogida de mi brazo.

Y si viene la noche, y traicionero,
amaga el huracán con sus enojos,
para romper las sombras sólo quiero
ese raudal de luz que hay en tus ojos!

DESDE LEJOS

(En Nueva York).

Lejos de mis lares y del bello día
de mi vida, plena de sol y alegría,
sobre el minutero de esta hora sombría

que cubre los cielos de espesa neblina
y oculta los astros con torpe cortina,
vuela mi memoria cual la golondrina

en busca de abrigo, y vuela a mi tierra
donde enamorada, vagando se encierra
en los altos picos de la patria sierra!

Allí siempre brilla sobre el claro espacio,
bóveda gigante de inmenso palacio,
un azul turquesa que muere en topacio;

I

Los pétalos caían lentamente
de un almendro que en calma nemorosa
deshojaba su flor color de rosa
sobre la sed de la llanura urente.

Bajo el almendro en actitud yacente
estaba una mujer, como una diosa
cuya abrileña juventud radiosa.
de pronto se agostara tristemente.

Y armonizaban tanto los colores
de su carne, y los pétalos caídos
en aquel melancólico desguarne,

en las dos vertientes de sus altas crestas
que al cielo levantan sus rocas enhiestas,
hay valles floridos, tupidas florestas,

y mi alma suspira de nostalgias plena,
por un beso amante de ese sol que llena
de luz sus celajes, y luego en la arena

de sus anchas costas irisa la espuma,
y es canto en las aves, color en su pluma,
consuelo en las penas, fulgor en la bruma...
. . . .

Y el fuego que deja sobre el pecho mío
en brasas extintas, ceniza y hastío
se pierde en la nada, se muere de frío.

Y van mis nostalgias, como los rastrojos
marchitos que el viento dispersa en despojos...
Mientras en las nubes se clavan los ojos...

EL ALMENDRO

que dudaban los ojos sorprendidos
si era su cuerpo parte de las flores
o los pétalos parte de su carne...

II

Al caer de los pétalos, escuetas
las ramas ya, sin sus galas floridas
sentían vibraciones de otras vidas
a los heridos cálices sujetas.

Y el sudario de pétalos, caído
sobre las blancas formas desceñidas,
para siempre ocultaba las heridas
que dió un puñal sin sangre y sin ruido.

Los pétalos caían lentamente...
y de la tarde las miradas yertas
contemplaban con ojo indiferente,

como para gozarse en sus agravios,
caer los labios de las flores muertas
sobre las muertas flores de los labios...

III

¡Dorada juventud! ¡Cuando comienza
a declinar tu primavera ardiente,
eres esa mujer opalescente
que con las flores su dolor entrenza!

¡Es el almendro, la amargura intensa
que su desnuda soledad presiente
cuando las ilusiones impíamente,
le van quitando su virtud inmensa;

y en el campo feraz de la memoria
solo, de tanto amor y tanta gloria,
dúplice queda el fantasmal engendro:

un árbol en que el fruto es embrionario
y una mujer que duerme en el sudario
tejido con las flores del almendro!

AMOR ANTIGUO

¡Por la senda sombría e ignorada de un sueño
emprendí la jornada en busca de un amor!
Un amor delicioso del que fuí solo dueño
en los tiempos felices de una vida anterior...

Su morada, al extremo de una calle desierta,
parecia esfumarse a la luz vesperal...
Recorrí conmovido el atrio hasta la puerta
en donde su terrena forma vi en el umbral.

A favor de su lámpara de reflejos dorados,
la miré frente a frente como en tiempos atrás,
y escrutando mi rostro con sus ojos rasgados
preguntó sin palabras: "Amigo, ¿dónde vas?"

Intenté contestarla mas no pude; perdido
nuestro lenguaje estaba, recordé, recordé...
No pude nuestros nombres arrancar al olvido;
se anublaron sus ojos y yo mudo quedé.

Alargando la mano, apoyóla en la mía;
se desmayó el silencio en sus labios de flor;
y vimos nuestra lámpara cuya luz se moría,
apagarse en la flecha de un postrer resplandor.

PURPURA Y MIEL

¡Oh boca! hecha con sangre de corales;
labios que melifican los enojos.
Labios ebriantes como el vino; rojos
con púrpura de sedas imperiales.

Flor más bella no dieron los rosales,
ni espina más aguda los abrojos,
ni más fiel golosina los antojos,
ni herida más sangrienta los puñales.

¡Os amo! El beso que me dais me mata
y me da vida! El alma se desata
de los lazos amargos de la suerte.

Y se embriaga al tocaros, porque toca
algo que, a un tiempo corazón y boca,
funde en uno la vida con la muerte!

RUSTICAS.

Del libro en preparación:

"POESIAS LIRICAS".

RUSTICA I.

LOS PINOS DEL BARRANCO

De una montaña esbelta, entre las cicatrices,
como cuatro saetas clavadas en un flanco,
cuatro pinos aferran sus nervudas raíces
cabe las lobregueces más hondas del barranco.

En semillas gemelas, sus vidas embrionarias
allí sembradas fueron por las corrientes locas,
la montaña clemente recogió aquellos parias
entre las oquedades oscuras de sus rocas.

Y en el húmedo lecho, desolado y sombrío
desleyó sus aéreos zafiros el espacio,
vertió sus blancas perlas de frescor el rocío
y el sol, echó magnánimo su fúlgido topacio.

Después, cuando las lluvias la roca disgregaron,
entrañas maternales para la tierra dieron;
y el milagro se hizo; los brotes palpitaron,
rompieron las henchidas semillas y nacieron...

A pugnar comenzaron por dejar las tinieblas
que brindóles el fondo del barranco clemente,
por erguir las cabezas recostadas en nieblas
y recibir un beso, todo luz, en la frente.

Y comenzó la lucha desigual en aquella
soledad adormida en su mutismo inerte,
y confrontó a los árboles, la inmutable epopeya
que sostienen los genios de la vida y la muerte.

¡Cuántas veces el viento doblegaba los tallos!
¡Cuántas veces la lluvia ahogábalos en cieno!
¿Y rodaban las rocas al fragor de los rayos,
y la muerte cerníase al llamado del trueno!

¡Cuántas veces la escarcha mató en flor los
(retoños,
y heláronse las ramas bajo la racha fría,
y otras tantas volvieron, los arbustos bisoños
a esgrimir la inconsciente juventud, que vencía!

¡Por fin triunfó la vida! Y aquellos cuatro
(hermanos
se poblaron de ramas y de músculos tiernos;
y cada año los vieron más verdes los veranos,
y los vieron más firmes y erguidos los inviernos.

Mas si el frío y la lluvia todos juntos sufrieron
y si fueron hermanos de semillas y cuna,
cuando vino el período de crecer, y crecieron,
no virtió sobre todos igual don, la fortuna.

El primero, traspuso el umbral; su follaje,
ebrio de sol, domina la ansiedad de las cumbres,
y en los claros crepúsculos su triunfal varillaje
se incendia con el fuego de las postreras lumbres.

El segundo ha trepado con sus ramas alertas
a los aludes pródigos de olorosas alfombras;
el tercero resguarda del barranco las puertas,
y el cuarto es un sonámbulo de las salvajes sombras.

¡Uno es percha orgullosa de águilas caudales,
vencedoras de cimas y señoras de piélagos;
otro es nido de halcones, otro alberga turpiales,
y en el otro tan sólo se posan los murciélagos!

Pues una fuerza ignota, audaz e inexplicable
toma cada existencia y le fija una norma,
al nacer la condena a un fin inevitable
limitando su altura, su pujanza y su forma.

Condiciones idénticas, iguales caracteres,
orígenes gemelos o tendencias iguales,
no fijan los destinos obscuros de los seres
cuyos días son tristes, o alegres, o triunfales.

¡Y el misterio que envuelve las rocas divididas,
donde un épico drama sostuvieron los pinos,
muere en todas las muertes, vive en todas las vidas
y es la trama invariable de todos los destinos!

RUSTICA II.

SOL Y TIERRA

¡Un sol canicular se derretía
en la feraz llanura solitaria!
¡En un surco sembrado germinante
me tendí boca arriba; me quemaba
el sol sobre los párpados cerrados,
con los férvidos rayos de su llama;
y al mirarlos, tan rojos y traslúcidos,
vibrar conmigo mismo, yo pensaba
que eran labios incógnitos, tratando
de envolver en sus besos a mi alma.

¡Mi tez ardía bajo el sol; apenas
si una ligera brisa me llegaba
con un frescor de tierras removidas
y cosechas pretéritas cercanas,
con un perfume de vendimias próximas

y de corrientes plañideras aguas;
y al sentir el consuelo de la brisa
sobre la brasa de mi tez, pensaba
que era un aliento incógnito, tratando
de calmar los anhelos de mi alma!

¡En mis labios tirantes y resecos
la piel, ebria de sol, se restiraba;
y yo sentí la sangre borbotante,
plena de fiebres y de vuelos ávida,
palpitando con fuerza no sentida,
como el latido rítmico de un ala,
cada vez más enérgico y pausado,
pugnando por volar; y yo pensaba
que era la mariposa del deseo,
robándose las mieles de mi alma!

¡De pronto me llegó del horizonte
el látigo violento de una ráfaga;
cabellos y ropajes forcejearon
para seguir aquel impulso de águilas,
y me cubrí de tierra de los campos
y de polvo fecundo; yo pensaba
que la tierra, como un inmenso amante,
en un espasmo de pasión titánica,
quería confundirme entre su seno,
y absorber en su espíritu mi alma!

RUSTICA V.

CUADROS Y VERSOS.

Sobre las campiñas cubiertas de flores,
de euritmias sonoras y suaves esencias,
marchábamos juntos buscando colores,
tonos y matices, ritmos y cadencias,

Corríamos prados, trepábamos cimas,
uniendo al acaso los ritmos dispersos,
tú cazando luces, yo siguiendo rimas
tú en pos de paisajes, yo en busca de versos.

Y el campo era inmenso fanal de bellezas;
titánicas moles mostraban los montes,
esfumando en nubes sus níveas purezas
en el gran milagro de los horizontes.

¡Oh! Cómo gozaban las libres pupilas
hundiendo sus flechas en las cosas grandes,
en esas pasmadas negruras, tranquilas,
sobre las vertientes de trágicos Andes.

Inconmensurables prodigios, efecto
de los cataclismos y las gestaciones,
impulsos que tienden hacia lo perfecto,
crispados en rocas y aéreos girones;

abajo llanuras inmensas y solas,
serpientes formadas por largos caminos,
sembrados maduros rizándose en olas,
y entre ellos, cual naves, los pueblos vecinos.

Y en todo tendencias a perfeccionarse,
en todo cantando las evoluciones,
las nuevas creaturas, que acaban de alzarse,
y ya se dispersan en nuevas creaciones!

Y cuando cansados los ojos de tantas
grandezas y tanto solemne coloso,
bajaban al suelo, tendido a las plantas,
buscando un momento de paz y reposo,

hallaban humildes corolas y hierbas,
y en aquel pequeño sutil universo
también anidaban las tintas acerbas
y dulces, las fuentes del cuadro y el verso.

También los terrenos forjaban entrañas
y en ellas cundían las maternidades,
prodigios tan grandes como las montañas
y los horizontes y las tempestades!

También hacia el cielo los brotes surgían,
pidiendo los pétalos impulso a la suerte,
y en las mismas galas con que se vestían
al labrar su vida, labraban su muerte.

La misma tragedia, las mismas tendencias
el ímpetu mismo, los mismos amores,
que tú y yo soñábamos al buscar cadencias,
matices y aromas, trinos y colores.

Pues la llama inmensa de la misma lumbre
se adueña de todas las vastas escalas,
surge sobre un páramo y se trueca en cumbre,
surge sobre un nido y se cambia en alas.

Y en roca, y en nube, y en hierba y en poma,
la trama invariable se repite y pasa,
y al tender a estados superiores, toma
un ardiente anhelo de engendrar que abrasa.

Y tú y yo llevábamos, en la sangre presas,
intuiciones y ansias de luces y vuelos,
sorpresas causantes de nuevas sorpresas,
anhelos creadores de nuevos anhelos.

Y en el alma amores e ideas opimas,
que a expresarse tienden en ritmos diversos,
tú captando luces, yo apresando rimas,
¡Oh vida, ambos ebrios de sol y de versos!

RUSTICA VII.

CICLO ETERNO

Es medio día; mancha la tierra removida,
el gris del surco abierto, donde se desarrolla
el misterio inefable que gérmina la vida.

El sol, un sol sacado de cuadro de Sorolla,
vierte chorros de lumbre que incendia el firmamento,
y reverbera en torno de la planicie criolla;

no hay una hoja movida por el soplo del viento,
y plena de colores, presenta la llanura
un aspecto morboso, cansado y soñoliento!

Un grupo que parece una tosca escultura,
un grupo que pudiera ser bronce cincelado,
camina lentamente sin rumbo ni ventura.

Es un hombre, y dos bueyes que tiran de un arado,
con la cerviz potente donde descansa el yugo
doblada, y un aspecto paciente y resignado.

El hombre que hace veces de amigo y de verdugo
en una mano lleva asida la garrocha
y en la otra el duro acero que va buscando el jugo

fértil y fecundante que la tierra derrocha;
chorros de hirviente sangre, el almo sol semeja
sobre el dorso luciente de los bueyes; la trocha

en sus ojos cansados al pasar se refleja,
y bajo sus pezuñas se quiebran los zarzales.
En los ojos del hombre una ilusión le deja

contemplar la victoria, las tardes otoñales,
el término esperado de la dura faena
las olas temblorosas de los rubios trigales.

Y después la cosecha y la troje ya llena,
el descanso tranquilo de las noches de invierno,
las risas de los hijos y la humeante cena...

Reina un silencio augusto; a lo lejos el cuerno
anuncia la presencia de rústicos pastores
y el grupo sigue el curso de su camino eterno.

Con cada palmo nuevo que conquista en sudores,
va ensanchando el labriego de su vista el imperio
y su mente acrecienta con sueños de colores...

Agrándase en el surco la herida y el misterio;
el acero ha volteado sobre la madre tierra
los restos olvidados de un viejo cementerio!

El campesino sigue soñando; firme cierra
la mano musculosa con que el arado oprime,
y el obstáculo rompe, sin pensar que se encierra

en este simbolismo de sencillez sublime,
una ley imperiosa que rije al universo,
fecundo con el llanto que ennoblece y redime.

El hombre absorto tiene la fe del propio esfuerzo,
sin pensar en su orgullo, que los triunfos logrados
no son nuevas victorias contra el destino adverso,

sino el fruto que hoy rinden los trabajos pasados;
y que el polvo en que siembra las mieses de mañana
no es más que la ceniza de sus antepasados,
¡caídos en el curso de la tragedia humana!

RUSTICA VIII.

ENTRE LAS SOMBRAS

Es la noche tan negra, que inunda mis pupilas
suscitando en mi alma la noción del abismo,
y siento amargamente que las sombras tranquilas
obscurecen la tierra surgiendo de mí mismo.

No hay un astro que alumbre, ni hay un faro que
(guíe,
no sé a dónde dirijo mi paso vacilante,
sólo escucho el sarcasmo del arroyo que ríe
y el graznido siniestro de algún pájaro errante.

Y mis brazos se extienden hacia el fin de la ruta,
por buscar otros brazos más allá del nirvana,
y se asoma a mi espíritu una noche absoluta
a través de mis ojos como de una ventana...

¡Y todas esas ansias que en la sangre hacen eco,
van apretando en torno de mi garganta un nudo,
acude el llanto al ojo, y el ojo sigue seco;
acude el grito al labio, y el labio sigue mudo!

Más allá de las sombras, ¿por qué busco luz pura?
¿Por qué busco otros pasos que conduzcan al mío,
si al abrir más los ojos contemplo más negrura
y al abrir más los brazos sólo abarco el vacío?

¡Hay una luz oculta dentro de cada cosa;
buscándola, alma mía, reviértete a ti misma,
verás en tus sentidos cómo se muestra hermosa
y cómo se difunde cual a través de un prisma!

Llámala como quieras, amor o fe, que el nombre
poco importa a la esencia, y es muy débil barrera
la que a la luz oponen los párpados del hombre,
para poder privarlo de una luz verdadera.

Con ella harás un foco de cada punto oscuro,
y se hará luminoso lo que toque tu mano,
se hará el júbilo casto y el dolor se hará puro
y tendrás la belleza que hoy persigues en vano.

Prueba una vez y aguarda, y si fallas, insiste;
no pienses sin esfuerzo alcanzar tu destino;
aquel que espera y busca sabiendo que ella existe,
encuentra menos duras las piedras del camino...

. . . .

¡La aurora como un ave, se reclina en los prados,
la combate a lo lejos la canción de Caronte,
y yo voy como Homero con los ojos cerrados
y los brazos abiertos hacia el gran horizonte!...

ANACREONTICAS.

Del libro en preparación:

"RIMAS PAGANAS".

ANACREONTICA II.

LA UVA

Desgarrando tus entrañas
diminutas y lascivas,
sobre el seno de las ánforas,
llora, llora, uva mía;
pues tus lágrimas son buenas,
pues tus lágrimas son tibias,
como el llanto que me ahoga,
anublando mis pupilas.

Esparciendo tus fragancias,
en que la pasión dormita,
sobre el labio de mi cántaro
llora, llora, uva mía;
pues tus lágrimas contienen
vago aroma de vendimia

y en la pena que me mata,
fraternizan con las mías...

Con tu llanto los cristales
se enrojecen, uva mía,
y mi vaso finje el vaso
de una boca femenina,
y yo tiemblo, figurándome,
cuando el vaso se vacía,
que he libado a flor de labio
su bermeja sangre fluída...

Una llama embriagadora,
que en tu púrpura se aviva,
va inflamando mis sentidos...
Llora, llora, uva mía;
que aunque el labio de mi vaso
con el suyo no compita,
por lo menos no me angustia,
no me engaña, no me olvida!...

ANACREONTICA III.

EL DIA MAS CLARO

Sobre la llanura donde agita el trigo
las olas doradas de su cabellera,
bajo un sol de fuego que es luz y es abrigo,
ven. ¡Cantemos juntos a la Primavera!

El eco indeciso que se oye distante
y hace estremecerse la fauna y la flora,
es el cuerno antiguo que anuncia el triunfante
paso de la excelsa Diana Cazadora.

El rumor que forman los rubios trigales,
rápido revuelo de aladas mujeres;
es la voz fecunda de los madrigales;
es el canto augusto de la eterna Ceres;

y Venus, la diosa del amor, la diosa
que inspira y refuerza mi voz incitante,
te escogió entre todas para hacerte hermosa,
y a mí me ha escogido para ser tu amante.

Todo a amar convida, todo vive y canta;
las aves desgranan gárrulos gorjeos,
y para que poses tu menuda planta,
Natura ha tendido vivientes trofeos.

Henchidos de flores se encuentran los prados
mañana conversos en mustios rastrojos.
¡Deja que me miren tus ojos amados!
¿Qué será mañana de tus bellos ojos?...

Si por todas partes prorrumpe la vida,
y agua pura mana de la estéril roca;
acerca tu boca que a besar convida;
que mañana, sólo rezará tu boca!

Antes que el invierno vuelva con sus nieblas,
gocemos las cortas horas delirantes,
las embalsamadas diáfanas tinieblas,
y los días claros de cielos brillantes.

5

¡Dame el fuego sacro de tus labios rojos!
¿Qué importa que pase ya la primavera?
¡No hay día más claro que tus claros ojos
ni noche más negra que tu cabellera!...

ANACREONTICA V.

LA COPA DE CRISTAL

En esta copa de cristal sencillo
desprovista de adornos mercenarios,
con la gracia y soltura con que ciñe
la vid al mármol, se plegó su mano.

Su cristal entibióse con el vino,
y perfumóse suavemente, cuando
se posaron, como una mariposa
sobre una rosa cárdena, sus labios.

La mano, sin joyeles, parecía
hermana del cristal límpido y diáfano;
y armonizando sus matices rojos,
el labio y el licor, eran hermanos.

Solos con nuestro amor aquella tarde
en que alegres y jóvenes brindamos,
sobre la copa, trémulos se unieron
nuestros labios y amantes nuestras manos.

Mas la tarde pasó porque es preciso
que mueran flores y que emigren pájaros;
y de mi vida por los cielos grises,
también sus gracias y su amor pasaron.

Hoy la copa subsiste como estuvo
antes de haber latido entre su mano,
y vivido al contacto luminoso,
inefable y sediento de sus labios.

Es verdad que su forma nada guarda,
ni recuerda ni siente; sin embargo
en ella anida su primer caricia,
y en sus cristales de su ser hay algo.

¡No la toques, amigo; escancia y bebè
mi mejor vino en mis mejores vasos,
que esta copa sencilla es algo suyo,
y por eso es tan solo de mis labios!

ANACREONTICA VII.

SANGRE DE LA TIERRA

¡Oh sangre de la tierra, que a nuestra sangre
(igualas,
en el color brillante y en el calor latente!
¡Oh sangre que, nacida para nutrir simiente,
cual cortesana inmolas maternidad por galas!

Cuando entre labios ávidos y encendidos resbalas,
separas a las almas del humano torrente;
entonces a la fiebre de la sed, eres fuente
y al sueño que ha quedado sin volar, prestas alas.

La sed se va saciando y el sueño tiende el vuelo,
y como por encanto se cumple todo anhelo:
el pobre se hace rico y el débil se hace fuerte.

¡Los sentidos se avivan y se calman las penas;
que cuando vino y sangre se mezclan en las venas,
se emancipa el espíritu del yugo de la suerte!

ANACREONTICA VIII.

LOS MEJORES TEXTOS

¡Oh ánforas, colmadas con lágrimas de años,
que atesoráis recuerdos y exhaláis experiencias,
que formáis ilusiones y engendráis desengaños,
y donde apura el hombre la ciencia de las ciencias!

¡Oh templos, erigidos por los primeros cultos
a la verdad, alivios del primer desconsuelo;
amores que en el alma palpitaron ocultos,
porque no se atrevieron a remontar el vuelo!

¡Oh veladas, perdidas sobre libros añejos,
cuando el alma curiosa devoraba renglones,
ávida de horizontes que miraba de lejos
y siempre señalaban más lejanas regiones!

Anforas, templos, noches de trabajo y de busca,
al extinguirse el fuego de la postera pira,
el misterio se ahonda, y la razón se ofusca,
y la verdad se pierde, y reina la mentira...

El enigma dejemos de la verdad austera
que cambia con el cambio de las humanas greyes;
opaca cada sueño la realidad severa,
realidad que los años, hacen ley de las leyes.

Cada sér de sí mismo haga un libro, y estudie
en él la humana ciencia sin oír utopías,
sin que la mente apruebe lo pasado o repudie
los endebles cimientos de las viejas teorías.

¡Qué si el mundo ésta lleno de hipócritas pretextos
y una acción en mil bocas halla a veces mil nombres,
para llegar a sabios, hay que estudiar dos textos;
el libro de la Vida y el libro de los Hombres!

ANACREONTICA XI.

YA ME VOY HACIENDO VIEJO.

Ya me voy haciendo viejo, apesar de ser muy mozo,
que he vivido muchos años en los pocos que he vivido,
y en vorágines crecientes el dolor y el alborozo,
en el curso de cada hora muchas horas han hundido.

¡Oh, dichoso del labriego que en la paz de los
(collados
va dejando que inconsciente su existencia se deslice,
y que muere siendo niño, aunque muera ya pasados
los noventa, siendo ingenuo cuanto piensa y cuanto
(dice!

Yo he gozado eternidades de placer en un instante
y he sufrido eternidades de dolor en un momento;

el no—ser me ha perseguido, y he escalado con el
(Dante
los infiernos y los cielos, en mi trágico tormento.

¡Oh, feliz del que sus canas o sus ímpetus consume
sin que sienta más dolores; que el espino que lo
(hiere
y la historia de su vida, para él mismo, se resume
en su nombre y en dos fechas, cuando nace y cuando
(muere!

Yo soy teatro donde ansiosos pasan vértigos
(inmensos,
y se ahogan con un grito los más íntimos agravios,
y en sus choques los amores y pesares más intensos
muchas veces no han salido ni a la puerta de los
(labios.

¡Oh, dichoso del que cree con fe ciega, y sus
(mudanzas
atribuye resignado, al supremo Sér que lo hizo;
poco espera y poco sufre, y sus penas y esperanzas
sólo encuentran por respuesta: "Dios lo quiera o
(Dios lo quiso!"

Yo, inconforme, ¡cuántas veces impotente me
(revelo
y me abismo conturbado con mis sueños y mi lucha;
y mi puño se levanta contra el mundo y contra el
(cielo,
y apostrofo, presumiendo que mi queja no se
(escucha.

Hoy la meta miro próxima y la gloria miro vana,
me interesa más el fruto que las hojas y las flores;
mis ensueños han pasado como larga caravana,
y su paso sobre arena dejó escritos mis amores.

Ya me estoy haciendo viejo a pesar de ser muy
(mozo,
que he vivido muchos años en los pocos que
(consumo;
si he sufrido, como sufro, y he gozado, como gozo,
en el fuego de mi vida sólo habrá ceniza y humo.

Pues no debe de medirse la existencia pasajera
por el número arbitrario de las décadas vividas,
sino habrá de computarse en su cifra verdadera
por la gama y por el cúmulo de emociones recibidas.

ANACREONTICA XII.

DIOMENES Y EL CENTAURO

Bajo los rojos pámpanos de una vid cuyo seno
enlaza de una pérgola la ruda columnata,
ebrio de amor y vino, está el viejo Sileno
mirando de las horas la rauda cabalgata.

Bajo aquel emparrado, cuatro ninfas se acojen,
como cuatro gorriones llevados por las brisas,
y mientras sus cabellos destrenzados recojen,
resuena entre las hojas el arpa de sus risas.

Sileno, que las voces femeniles ha oído,
separando las frondas y los pámpanos rojos,
apenas respirando por no ser advertido,
asoma lentamente las brasas de sus ojos.

Mas ellas, perturbadas por aquellas lascivias
magnéticas, descubren los áspides profanos,
y es tanta su sorpresa que apenas si las tibias
y firmes desnudeces se cubren con las manos.

Entre risas se aprestan a escapar; pero el viejo
que aun aviva cenizas de un ascua de lujuria,
despertando en sus labios un olvidado dejo
las suspende, diciendo, con fanfarrona incuria:

"Si antaño, bellas ninfas, sujetaban mis brazos
a todas las mujeres más bellas de la Grecia,
era porque mis músculos domeñaban Pegasos
y eran negras mis barbas y mi carne era recia.

Si entonces os hubiera encontrado, no digo
que a pesar de ser cuatro y a cual más agraciadas,
os habría retado a una justa conmigo,
y a las cuatro os hubiera dejado fatigadas.

Mas hoy que ya los dioses me van desamparando,
he perdido de Júpiter la voz arrulladora,
he perdido de Hércules la fuerza de su mando
y he perdido las tersas mocedades de Flora".

LAS NINFAS:—

“¡Dinos, padre, la historia del Centauro
que sorprendió bañándose a la bella Diomenes;
y si nada nos callas, a manera de lauro,
ornaremos con hojas y racimos tus sienes!”

SILENO:—

“Principiemos: Diomenes era bella.
—¿Mas verdaderamente era tal su hermosura?
—¡Jamás hubo en Atenas más hermosa doncella,
ni en Paros hubo mármol comparable a su albura!

—¿Cómo eran sus ojos?
—Azules y rasgados...
—¿Sus labios?
—En las púrpuras despertaban envidias.
—¿Y sus... brazos?
—Esbeltos, flexibles, torneados,
dicen que los copiaba para su Atenea, Fidias...

Júpiter codiciaba para sí tales dones.
—¿Por qué no requirióla...?
—¡Preguntáis imposibles!
Sólo diré que ansiando librarla a tentaciones,
a todas horas hizo sus gracias invisibles.

Pero Febo, que dado su fuego sacro había
a los áureos cabellos de Diomenes, impuso
que en la hora lumínica triunfal de mediodía
recobrara de formas corporales el uso.

Y por eso Diomenes se arrojaba a las ondas,
confundiendo sus curvas invisibles con ellas;
y surgiendo del agua sus caderas redondas,
eran como preludio de otras cosas más bellas.

—¿Tomaba entonces cuerpo en las aguas?
—Tomaba
la forma de una náyade cabe la blanca espuma;
y al expirar una hora a las aguas tornaba,
y en ellas se perdía, cual nube que se esfuma.

—Pero dinos la parte del centauro.
—Paciencia.
—¡No, no! Dinos la parte que a preguntar nos
(mueve!
—Pues bien: si es necesario calmar vuestra
(impaciencia...
El Centauro era blanco, como un copo de nieve!...

Cierta vez que en las aguas procurábase alivio
para el fuego terrible que irisaba su piel,

sintió un hálito en torno que perfumado y tibio,
lo envolvía en la onda de una invisible miel.

Y surgió, descogiendo sus dorados cabellos,
Diomenes, como Venus surgiera de las olas.
Al verse, comprendieron que germinaba en ellos
la misma llama estiva que junta dos corolas.

Y echando ágil el cuerpo de Diomenes al lomo,
ganó el Centauro ávido las abruptas orillas.
Cabalgaba la moza hacia la cueva...
—¿Cómo?
—Sujetándose ansiosa con brazos y rodillas...

Besaba los dos cuerpos un mismo rayo de oro,
cabelleras y crines flotaba el mismo viento;
y yo, mirando el rapto por el bosque sonoro,
pensé que era un ser único en raudo movimiento.

Mas Júpiter, que nuevas de aquel rapto tenía,
aceleró de Febo el curso de las Horas,
y apenas se entregaban los dos a su alegría,
cuando perdió la moza sus formas seductoras.

¡Oh caricias, suspiros y besos; oh, plegarias
a Venus, protectora de todos los amores!

¿Por qué visión no daban aquellas luminarias
ni causaba su fuego indecibles ardores?

A tientas solamente el centauro luchaba,
ya que el objeto ansiado de su amor no veía...
—¿Y Diomenes?
—¡Diomenes sí que bien lo miraba;
mas era casi inutil... pues ella no podía...''
. . . .

Las ninfas no despegan los ojos del anciano
que, al gozarse mirando sonrisas y rubores,
retarda el desenlace de su cuento pagano,
despertando preguntas, cuchicheos, rumores...

Aparecen al borde de la pérgola, lentos,
sobre el césped mullido, dos grandes sementales,
los siguen las ovejas con tardos movimientos,
y tras éstas, balando, los tiernos recentales.

El rebaño camina y las ninfas, curiosas
del cuento, no lo miran; pero de pronto suena
un junco melodioso, y emotivas las cosas,
responden a su ritmo con cadencia serena.

Y aparece en el prado un pastor bello y mozo;
una ninfa lo mira y a las otras murmura...
las preguntas se ahogan, se ahoga el alborozo,
y convergen los ojos sobre aquella figura.

Y mientras el anciano inventa nuevos giros,
nuevos refinamientos para la escena loca,
aquellas cuatro ninfas como cuatro suspiros,
se levantan, dejándolo con la frase en la boca.

Permanece Sileno atónito y callado...
A la vista del pobre y humilde pastorzuelo,
las ninfas presurosas huyeron de su lado;
por eso así prorrumpe con hondo desconsuelo:—

"¡Oh juventud, que a fiera curiosidad venciste!
¡Juventud, que en mi pecho sólo dejas favilas,
eres tú quien arranca esta lágrima triste
que mis párpados preña, nublando mis pupilas!...

¡Ven tú, cántaro amado, tú que no me abandonas,
tú que no me desdeñas, y aliento con aliento,
labio con labio, en premio de que no me traicionas,
escucharás, tú sólo, el final de mi cuento!

. . . .

En el césped fragante, han las ninfas rodeado,
cogidas de las manos, al joven elegido...
y bajo de las vides, inmóvil y olvidado,
con la boca en el cántaro, Sileno se ha dormido.

IDILIOS

Del libro en preparación

"RIMAS PAGANAS"

8

LA NINFA Y EL ARBOL

La tibia y opalescente mañana de primavera
sus ánforas luminosas vertió sobre la pradera.

Despertaban las canciones en las flautas de los (nidos.
Como un deshielo fantástico, los ecos adormecidos

se mezclaban y fundían con los lejanos rumores
del balar de los rebaños y el silbar de los pastores.

Parecía que los rayos por las ánforas vertidos,
al caer sobre la tierra, se trocaron en sonidos...

Solitario de los pastos sobre la esmaltada
(alfombra
un árbol se levantaba como un poema de sombra.

En sus ojos centelleaban, aun impregnadas de
(idilio.
aquellas "lacrymae rerum" de que nos habla
(Virgilio.

Paralelo a la campiña un brazo del árbol daba
la apariencia de una gárgola que en el tronco se
(aferraba

y a horcajadas una joven iba cabalgando sobre
el brazo, como una ninfa sobre un centauro de cobre.

Rubia y esbelta, la joven, desnuda y adolescente
a la luz de las auroras dijérase transparente...

De pronto, besando el prado una ráfaga de viento.
produjo en todas las frondas un ligero movimiento;

la joven sintióse envuelta en el calor de una llama...
Sus firmes piernas de nácar apretó sobre la rama;

resbalando las cromáticas pedrerías del rocío
provocaron en la seda de su piel un calofrío,

sus cabellos destrenzados, como dos áureas
guirnaldas,
una caricia de oro vertieron en sus espaldas.

Y un retoño inmaculado de matices verde y rosa,
giró en redor de sus labios con vuelo de mariposa.

La joven tembló un momento, y como diosa
(pagana
que Júpiter sorprendiera, posó sus labios de grana

sobre los pétalos tiernos del retoño palpitante...
y el árbol estremecióse como si fuera un amante!

SOL Y SOMBRA

¡El sol, creador y fecundo,
al surgir tras de los montes,
llena de fuego la atmósfera,
llena de verdor los surcos
y de retoños el bosque...
Para nuestro amor, espera
que la noche reine, porque
la noche está consagrada
para el amor de los hombres!

Abre la luz matutina
los capullos de las flores;
en alas del viento vuela,
germen de vidas, el polen;
y al beso del sol se cubren

las sementeras de brotes.
Todas las plantas del mundo
rinden al sol sus amores,
que a profanar no se atreven
el secreto de la noche!

Se aman al sol las especies...
el reino animal escoge
la hora lumínica, dando
rienda suelta a sus amores
y las aguas y los aires,
las praderas y los bosques
son teatro de un idilio
de vértigos y de vórtices.
¡La luz engendra el deseo
en los seres inferiores,
que las sombras pertenecen
a los hijos de los dioses!

Desde las rocas graníticas
que coronan a los montes
y disgregándose forman
tierras vírgenes y nobles,
hasta los grises eriales
y los fecundos terrones;
la materia que carece
de vida propia se rompe

y ama y fecunda y palpita
cuando fuego y luz recoge!

Pero hay un efluvio ignoto
que se apodera del orbe,
cuando descienden las sombras
enmudeciendo las voces;
hay un perfume de olvido
y de intenso amor, que absorbe
la frescura del estanque
y el aroma de las flores,
y tal parece que el velo
del más allá se descorre,
cuando en la calma nocturna
vibra el arpa de la noche.

Yo amo el misterio, las sombras
enlazarán tus primores
a mis brazos; nuestro tálamo
será el fondo de la noche,
sabré envolverte en caricias,
como los párpados nobles
a los ojos fatigados
por el rudo esfuerzo insomne,
como a la tierra embriagada
en la bacanal enorme
de la luz, el manto lleno

de consuelos y frescores,
de tinieblas pudorosas
y amantes revelaciones!

¡Y cuando el sol nuevamente
sobre las cumbres asome,
así como las neblinas
se retiran de los montes,
nuestro amor se irá alejando
de las cumbres de su goce;
que el día es libre al consorcio
de las cosas; y la noche
es el templo consagrado
para el amor de los hombres!

LA CANCION DE LOS BOSQUES

¡Cuando llegan temblorosas las ondinas
a morir junto a la orilla de las selvas,
y su aliento lleva en ondas cristalinas
un temblor a las dormidas madreselvas;

cuando el viento gime y canta entre el ramaje
conmoviendo la soltura de sus músculos
y hay mil llamas que devoran el follaje,
encendidas por 'os diáfanos crepúsculos;

cuando agítanse las yedras cual serpientes
suspendidas por fantásticos enrosques;
Cloris oye las canciones de las fuentes
que nos llaman al santuario de los bosques!

9

En las tardes de la joven Primavera,
impregnadas de una dulce poesía,
cuando aroman la montaña y la pradera,
y la tierra se desborda de alegría,

fundiremos nuestro júbilo vibrante
con el suyo, nuestras voces con sus voces;
sustrayéndonos del verbo palpitante,
la canción aprenderemos de los dioses...

¡Ese junco melodioso cuya nota,
en los troncos olvidados, tenue canta,
y en los claros surtidores, tenue brota,
es la música de Pan, que se levanta!

Eros lleva a los recónditos retiros
los aromas que los calices libertan,
y aquel eco vaporoso de suspiros
es el coro de las ninfas que despiertan;

besa el viento los retoños que ahora cubren
de esmeraldas y verdor las ramas viejas,
y en la senda triunfadora se descubren,
caminando lentamente, las parejas...

¡Oh poema de las frondas! ¡Oh lenguaje
superior y enamorado! ¡Cuán hermosas
las eróticas baladas del paisaje
murmuradas por las voces de las cosas!

¡Cloris, ven, las frondas bríndannos asilo!
¡Cloris, ven, las rocas préstannos sus abras!
y en el fondo de aquel tálamo tranquilo
sobran luces, atavíos y palabras!

¡Cloris, ven! Ya la suprema cancionera
finje ritmos superiores a los otros.
¡En mis brazos, te amará la Primavera:
¡dejaremos que ella cante por nosotros!

RUSTICAS. DEL LIBRO EN PREPARACION: "POESIAS LIRICAS".

ANACREONTICAS, DEL LIBRO EN PREPARACION: "RIMAS PAGANAS".

IDILIOS, DEL LIBRO EN PREPARACION: "RIMAS PAGANAS".

6. Poesías de *Sor Juana Inés de la Cruz*, estudio de Manuel Toussaint.

TOMO II.

1. Versos selectos de *Rubén Darío*.
2. Prosas de *Ignacio Altamirano*. (Agotado.)
3. Cuentos de *Andersen*. (Agotado.)
4. Poemas escogidos de *Manuel José Othón*, ilustraciones de Julio Ruelas. (Agotado.)
5. Escritos de *Enrique José Varona*, prólogo de Antonio Caso. (Agotado.)
6. Poemas de *Guillermo Valencia*, prólogo de M. Toussaint (Agotado.)

TOMO III.

1. El Cantar de los Cantares, traducción y notas de Rafael Cabrera. (Agotado.)
2. Poesías selectas de *Salvador Rueda*, pórtico de Rubén Darío. (Agotado.)
3. Prosas y Versos de *Guillermo Prieto*, selección y estudio de Luis González Obregón. (Agotado.)
4. Poesías de *Leopoldo Lugones*, prólogo y selección de Antonio Castro Leal. (Agotado.)
5. Prosas de *Justo Sierra*, selección y estudio de Agustín Loera y Chávez. (Agotado.)
6. La Virgen Ursula de *Gabriel D'Annunzio*, traducción y estudio de Carlos González Peña. (Agotado.)

TOMO IV.

1. Salomé de *Oscar Wilde*, traducción y prólogo de Efrén Rebolledo. (Agotado.)
2. Teatro de *Juan Ruiz de Alarcón*, estudio de Julio Jiménez Rueda.
3. Cuentos de Perrault, nueva traducción.
4. Escritos y Composiciones Musicales de *M. M. Ponce*, prólogo de Rubén M. Campos.
5. Hermann y Dorotea de *Goethe*. (Agotado.)
6. Cartones de Madrid. Ensayos de *Alfonso Reyes*. (Ag.)

TOMO V.

1. Los Extasis de la Montaña de *Julio Herrera y Reissig*, selección y estudio de F. González Guerrero. (Agotado.)

2. Discursos y Artículos de *Ignacio Ramírez*, selección y prólogo de A. Loera y Chávez.

3. Poemas de *Antonio y Manuel Machado*, selección de C. Pellicer.

4. Literatura Indígena Mexicana, estudio y arreglo de Luis Castillo Ledón. (Agotado.)

5. Los Mejores Poemas de *José Asunción Silva*, selección y prólogo de M. Toussaint.

6. Ensayos de *Roberto Luis Stevenson*, traducción de Francisco José Castellanos.

TOMO VI.

1. Teatro de *G. Bernard Shaw*, traducción y estudio de A. Castro Leal.

2. Escritos y Composiciones Musicales de *G. E. Campa*, prólogo de M. M. Ponce.

3. Mimos. Cruzada de los Niños, por *Marcel Schwob*, traducción de Rafael Cabrera.

4. Poesía y Prosa Selectas de *Carducci*, traducciones de E. Fernández Granados y F. Canale.

5. Cuentos de Voltaire, estudio de Enrique González Martínez.

6. Diálogos de su tiempo, por el "*Pensador Mexicano*", seleción y prólogo de Luis González Obregón.

TOMO VII.

1. Rémy de Gourmont, traducción y prólogo de Genaro Fernández Mac-Gregor.

2. Tres Grandes Poetas Belgas, *Rodenbach, Maeterlinck y Verhaeren*, estudio y selección de Enrique González Martínez.

3. Las Noches Florentinas, de *Enrique Heine*, traducción de Julio Torri.

4. Poesías Escogidas de *Manuel Gutiérrez Nájera*, estudio y selección de Luis G. Urbina. Número doble. (Agotado.)

5. Cuentos de *Anatole France*, traducción y estudio de Alfonso Cravioto.

6. Antología del Amor Asiático. Traducción y prólogo de Rafael Cabrera. Número doble. (Agotado.)

TOMO VIII.

1. El Prometeo Encadenado de *Esquilo;* traducción de Brieva Salvatierra, estudio de Carlos Otfrido Müller. (Ag.)

2. La Ciudad de México segun relatos de antaño y de ogaño. Prólogo de A. de Valle Arizpe. (Agotado.)
3. Poemas escogidos de *Salvador Díaz Mirón*, selección y estudio de Rafael López. Número doble. (Agotado.)
4. Cuentos y Leyendas de *Selma Lagerlöf*, traducción y prólogo de Agustín Loera y Chávez.
5. Parábolas y otros poemas, de *Enrique González Martínez*. Pórtico de Amado Nervo. Número doble.
6. Rubáiyát de *Omar-al-Khayyam*, traducción y estudio de Carlos Muzzio Sáenz Peña.

TOMO IX.

1. El Monismo Estético. Ensayos de *José Vasconcelos*. Número doble. (Agotado.)
2. Romances Viejos. Prólogo de Julio Torri. (Agotado.)
3. El Tesoro de Amiel. Selección de "El Diario Intimo" y prólogo de Manuel Toussaint. (Agotado.)
4. Torneos, Mascaradas y Fiestas Reales, en la Nueva España. Selección y Prólogo del Marqués de San Francisco. (Agotado.)
5. Éça de Queiroz.—Analectas. Traducción y Estudio de Alejandro Quijano. (Agotado.)
6. Conferencias y Discursos Literarios por *Jesús Urueta*.—Numero Doble.

TOMO X. Números Dobles.

1. Federico Nietzsche, traducción y prólogo de Javier Icaza
2. Antologia de la Versificación Rítmica. Selección y estudio de Pedro Henriquez Ureña.
3. Mark Twain. Traducción y estudio de Genaro Fernández Mac Gregor.
4. Antología de Poetas muertos en la guerra, traducciones de *Pedro Requena* y notas de Antonio Castro Leal.—
5. Los Dioses de la Montaña de *Lord Dunsany*, traducción y prólogo de Rafael Nieto.
6. Los más bellos Poemas de *Amado Nervo*. Selección y estudio de Enrique González Martinez.

TOMO XI. Numeros Dobles.

I. La Poesia Religiosa en Mexico (siglo XVI a XIX.) Selección y notas del P. Jesús Garcia Gutiérrez.

2. Cuentos, Estetica y Poemas de *Don Ramón del Valle Inclán*. Selección y nota de Guillermo Jiménez.

3. Jardines de Francia, por *Enrique González Martínez*. Nueva edición considerablemente aumentada.

4. Poemas Escogidos de Luis G. Urbina. Selección y estudio de Manuel Toussaint.

5. Jules Renard, traducción, selección y estudio de Genaro Estrada

6. Los Cien Mejores Poemas de *Enrique González Martínez*. Prólogo de Manuel Toussaint.

TOMO XII. Números Dobles.

1. Las Novelas ejemplares de *Cervantes*.

2. La Moderna Lirica Mexicana. Antologia de los poetas modernos de México.

3. Teatro de Ibsen. Tradución directa del Noruego y estudio de Carlos Barrera.

4. Los mas bellos poemas de *Ricardo Jaimes Freyre*. Prólogo de Leopoldo Lugones.

5. Dramma per Musica Beethoven-Wagner-Verdi-Debussy por *Antonio Caso*.

6. Los Limites del Arte por *André Gide*, traducción y estudio de Jaime Torres Bodet.

TOMO XIII. Números dobles. (En publicación.)

1. Cuentos Escogidos de *Leonidas Andreier*. (Publicado)

2. Pitagoras de Jose Vasconcelos. (Publicado.)

3. Kare Borneman por *Hjalmar Bergstrom*, traducción y prólogo de Rafael Nieto. (Publicado.)

4. Poemas Selectos de *Enrique Banchs*, Prólogo y selección de Francisco Monterde G. I. (Publicado.)

5. La Filosofia del Hombre que trabaja y que juega por *Eugenio D'Ors*. (Publicado.)

6. Andrómeda. Bocetos de crítica estética musical por *Adolfo Salazar*. Prólogo de Pedro Henriquez Ureña.

OFICINAS: 3ª CALLE DE DONCELES NUM. 79. ADMINISTRADOR GENERAL: MARTIN R. CARDENAS. AGENTES GENERALES: LIBRERIA Y PAPELERIA CVLTVRA, 1ª JESUS CARRANZA NUM. 5. CORRESPONDENCIA AL APARTADO 4527. MÉXICO, D. F. PRECIO DE ESTE NÚMERO: $1.00. SUSCRICIONES POR 6 MESES $ 6.25. LOS NÚMEROS ATRASADOS VALEN $0.50 SI SON SENCILLOS Y $1.00 LOS DOBLES.

CINCO ÚNICAS COLECCIONES DE CVLTVRA $56